En Alemania, una nueva versión de la socialdemocracia

GABRIEL GUERRA CASTELLANOS

Hace unas cuantas semanas, los ciudadanos alemanes decidieron poner fin a una de las más brillantes y prolongadas gestiones públicas desde tiempos de Bismarck, al enviar al retiro involuntario al gobierno de Helmut Kohl. Tras más de una década y media de predominio conservador, los votantes germanos optaron por un viraje completo a la izquierda, para confiarle su destino al dirigente socialdemócrata (PSD) Gerhard Schroeder, que gobernará en alianza con el partido de los Verdes. De acuerdo a los resultados finales, el PSD constituirá la fracción parlamentaria más fuerte, con poco más del 41% de los votos, mientras que la CDU obtuvo su peor resultado desde 1949, con el 35%, en lo que es prácticamente un resultado inverso al de las pasadas elecciones de 1994 y que algo nos dice acerca del cambio profundo de las preferencias electorales en ese país.

Pasaron varios días antes de que quedara claro con quién le tocara gobernar a Schroeder. Sus aliados naturales, los Verdes, se vieron ante el riesgo pequeño pero real de quedar fuera de la coalición, ante la entrada al Parlamento de los ex comunistas del PSD, que libraron la barrera del 5% y amenazaron con trastocar el delicado balance numérico que requería una coalición PSD-Verdes. El complejo mecanismo de votación, que combina elección directa con listas de candi-datos, hace que los partidos pequeños tengan dificultades para superar la barrera, en una fórmula diseñada para evitar la proliferación de pequeñas fracciones parlamentarias y la inestabilidad que suelen traer consigo. Irónicamente, el futuro rostro del gobierno alemán parecía depender del resultado que alcanzasen los ex comunistas del PSD, que han vuelto de la tumba logrando la representación en 1994 y ahora lo han repetido. Al final del día, la ventaja rojiverde resultó más que suficiente para conformar el nuevo gobierno. En un pie de nota cargado de ironía, el PDF forma ahora parte de una coalición regional, junto a los socialdemócratas, en el relativamente pequeño "Land" de Mecklenburg-Vorpommern. Alemania aún no encierra a esos fantasmas, los del comunismo, en el armario.

Los grandes temas de esta campaña fueron, de alguna manera, secundarios. Tanto Kohl como Schroeder coincidieron en sus posturas frente a la integración monetaria con Europa y la consecuente desaparición del sacrosanto marco alemán así como el compromiso alemán con la OTAN y su cuidadosa política exterior. Las diferencias entre ambos tienen más que ver con sus estilos personales y generacionales. Kohl, a sus 68 años, pertenece a una generación de ale-manes que vivieron la segunda guerra mundial y quedaron, para bien o para mal, marcados por ella. El afán casi obsesivo de Kohl por "anclar" a su país en Europa y sus instituciones tiene que ver con ello, así como su a veces exagerada prudencia en asuntos fuera de Europa. Schroeder, de 54 años, es menos tímido y carga con menos de la difícil historia de su país. Si bien comparte los principios generales de la política exterior alemana de la posguerra, será segura-mente mas proactivo para llenar los espacios de política exterior que hoy corresponden a la dimensión de Alemania. Es este un buen reflejo de una brecha generacional que apenas hoy se muestra abiertamente y que sin duda favoreció a Schroeder.

Las diferencias más marcadas están en sus respectivos aliados. Mientras que los liberales del PDF hacen honor a su nombre y son los voceros del libre mercado, los Verdes, si bien están divididos entre "realistas" y "fundamentalistas", son inequívocamente adversarios de la clase empresarial. Altamente ideologizados, creen también que Alemania debe jugar un papel mucho más activo, e intervencionista, en la defensa de los derechos humanos y el medio ambiente, particularmente, aunque no exclusivamente, en los países en desarrollo. Esto es importante porque tradicionalmente el socio menor en las coaliciones alemanas ocupa la influyente cartera de relaciones exteriores. De inmediato surgieron críticas y preocupaciones ante el nombramiento, que a nadie debió sorprender, del dirigente verde Joshka Fischer como nuevo ministro. La política exterior alemana, pilar de estabilidad en manos de los liberales, que mantuvieron esta cartera en su poder desde 1969, entre gobiernos social y demócrata-cristianos, se vería amenazada, pensaron algunos, por este ministro ecologista que alguna vez fue chofer de taxi y que hasta hace poco tiempo no acostumbraba usar traje y corbata. Pero Fischer se ha reinventado, al igual que ha ayudado a transformar a su partido en un socio creíble de la nueva coalición. Con tenacidad y paciencia, Fischer y los "realistas" han sabido eliminar los componentes más radicales de la agenda verde, conscientes de que ésta, su primera prueba a nivel nacional, podría también ser la última si pretenden ir demasiado lejos. No obstante lo anterior, es de preverse una mayor atención a cuestiones relacionadas con la defensa y promoción de la ecología y derechos humanos en esta nueva etapa de la política exterior alemana.

La elección resultó, sí, un tiro de gracia para los liberales del PDF, que habían sido aliados minoritarios del gobierno en turno desde que Brandt llegó al poder y que, de hecho, concretaron el giro hacia los demócratacristianos en 1982 al retirarle su apoyo al entonces canciller Helmut Schmidt. Los liberales siempre se vieron a sí mismos como el contra-peso necesario a los dos grandes partidos. Hoy que el escenario político ha cambiado y la presencia de otros partidos se ha multiplicado, los liberales han perdido, al menos temporalmente, su razón de ser. Acostumbrados, como han estado siempre, a operar desde el poder, estará por verse si pueden hacerlo desde las indefiniciones de la oposición.

Mas allá del de por sí importante impacto de esta elección para Alemania, con la victoria de Gerhard Schroeder la tendencia hacia la izquierda del viejo continente pareciera llegar a su culminación. Después de una década y media en el desierto, los socialdemócratas europeos han vuelto por sus fueros. Tras dominar el panorama en los setenta, los social-demócratas europeos habían cedido la plaza en la siguiente década, ante el embate de los que después se convertirían en los grandes iconos de la derecha: Helmut Kohl en Alemania y, sobre todo, Margaret Thatcher en Gran Bretaña. Fue sobre todo esta última quien supo convertir una victoria electoral en una cruzada politicoideológica que restableció muchos de los viejos valores de la derecha europea, renovó y actualizó otros y prácticamente desarticuló a sus contrincantes en el partido laborista así como a sus, en ese entonces poderosos, aliados del movimiento sindical. Fue Margaret Thatcher quien se lanzó más a fondo a desarmar, con más arrojo y decisión que fórmulas teóricas, el viejo modelo del Estado benefactor que había heredado. Fue justo en esa oleada conservadora que Helmut Kohl llegó al poder, con un programa menos radical pero igualmente conservador.

El colapso de la socialdemocracia a finales de los setenta y principios de los ochenta se debió en buena parte a su incapacidad para reaccionar oportunamente ante un cambiante panorama económico y social. Los altísimos presupuestos requeridos para financiar al Estado benefactor se fueron secando a la vez que la enorme fuerza e influencia

de sus aliados naturales, los sindicatos, comenzó a convertirse en una carga para la economía. De defensores de los derechos de los trabajadores, muchos sindicatos pretendieron asumir papeles políticos que poco o nada tenían que ver con los intereses inmediatos de sus agremiados y en cambio dañaban mucho su relación con las empresas que los empleaban. Eso le facilitó la tarea a Thatcher y a otros como ella que percibieron, correctamente, que la pobla-

ción estaba más interesada en la creación de empleos y la prosperidad que en una reedición de la lucha de clases que a nadie beneficiaba.

Finalmente, una nueva generación de políticos socialdemócratas asumió el liderazgo de sus partidos, los reformó y modernizó, los acercó al centro, que es donde se ganan o pierden las elecciones hoy en día. De manera similar a como lo hizo Clinton en EUA, casi todos ellos se enfrentaron de una u otra forma a las corrientes más tradicionales y "duras" de sus partidos, impusieron sus ideas y ganaron las elecciones. Hoy, Europa occidental es nuevamente gobernada por socialdemócratas, con distintas características pero con el predominio de la visión de hombres como Tony Blair y Gerhard Schroeder, quienes buscan un mayor acercamiento con el sector priva-do y reconocen que la competitividad es tan importante o más que la seguridad social. Clinton, Blair, y Schroeder son los más destacados representantes de la nueva izquierda desideologizada que pretende conservar el poder e imponer una nueva visión. Tienen ante sí un difícil reto, pero también el reclamo de un mundo que ha visto agotarse viejos esquemas y que se enfrenta, tras las sacudidas que han sufrido los mercados financieros y el colapso de los "milagros asiáticos", a lo que podría ser la crisis más grave del capitalismo moderno.

No por anunciada –en las encuestas– resultó menos impactante y, hay que decirlo, sorprendente, la victoria de Schroeder. Después de 16 años en el poder y de cuatro elecciones ganadas, Helmut Kohl enfrentó la más dolorosa derrota en su carrera política. Desde que asumió el cargo el 7 de octubre de 1982, el robusto canciller se dedicó a ignorar a sus críticos y a quienes le pronosticaron corta vida al frente del gobierno. Una y otra vez Kohl se sobrepuso a infortunios políticos y venció a los apostadores. Su carrera, dijo alguna vez un crítico sorprendido, se ha basado en ser siempre subestimado y así sorprender a sus rivales. Tan bien lo hizo que duro más que ninguno de sus antecesores en el cargo. El arquitecto de la unificación alemana y de la integración europea, bajo cuyo gobierno Alemania se ha consolidado como una potencia económica y como un país cada vez más influyente en el escenario internacional, se topó con el juicio final de todo politico democrático: el de los electores. Tal vez el electorado alemán se había cansado de él, tal vez les dio un sentimiento de seguridad y confianza que les permitió animarse a votar por un cambio, tal vez los alemanes sintieron que los nuevos retos de Alemania requieren de un liderazgo fresco y mas joven, más a tono con un país que se des-pide de sus grandes símbolos nacionales para entrar de lleno a un siglo xxi intensamente europeo.

Schroeder enfrenta serios retos, uno los cuales bien podría ser el que mejor defina el éxito o fracaso de su gestión: la parte oriental de Alemania. Helmut Kohl tuvo el valor político de impulsar la unificación ante las críticas (socialdemócratas por cierto) por el enorme costo financiero que esto tendría, pero le faltó la capacidad de prever lo larga y difícil que resultaría la asimilación. Ocho años después, las provincias que conformaban Alemania Oriental tienen tasas de desempleo de cerca del 20%, muy superiores a las del resto del país. Alemania ha dedicado cerca del 4% de su producto interno bruto a reactivar la economía oriental y cubrir gastos sociales, con éxito relativo. Hoy en día, los alemanes orientales ganan menos que sus contrapartes en Occidente, y se sienten engañados y

desencantados por los políticos que les prometieron una transición indolora a la prosperidad. Por su parte, los alemanes occidentales son de la opinión de que han debido cargar con una parte des-proporcionada de los costos, reflejados en mayores impuestos, y que no han visto aún resultados. Muchos de ellos consideran que el conformismo y la falta de iniciativa en el Oriente son motivo de este retraso.

Esa división que tanto lastima, económica y socialmente, a Alemania, será la gran prueba de Schroeder, quien por lo demás deberá procurar mantener el buen curso de la economía a la vez que intente flexibilizar el entorno para hacer negocios y crear empleos. Poco a poco, la locomotora ale-mana que antes arrastraba a Europa ha ido perdiendo su empuje, su capacidad para innovar, para la vanguardia tecnológica. Si Schroeder no encuentra el camino para deshacer ese nudo ciego, podría enfrentar una recesión que lo lle-varía directamente de regreso a la oposición. Los alemanes le han confiado su futuro, pero a cambio de que les conserve su presente de prosperidad y bienestar.

En su derrota, Kohl debe llevarse, además de la satisfacción y orgullo de haber sido el más longevo jefe de gobierno de Occidente, sobre todo el haber estado a la altura de las muy exigentes circunstancias que la historia le deparó. Le habrán llamado gris y mediocre, pero el hecho es que cuando la historia le hizo un guiño supo reaccionar con valor y prontitud. Si bien mucho se debe a la decisión de Gorbachov de dejar proceder la unificación alemana, también es cierto que Kohl aprovechó el momento y la oportunidad, sin reparar en los detalles y minucias que sus críticos señalaban, y que de haber sido atendidos habrían tal vez postergado el sueño largamente acariciado de unir a su país y de paso echar para abajo la cortina de hierro que dividía a Europa. Kohl supo hacer lo necesario, siempre, para sobre-vivir políticamente, pero cuando se le requirió estuvo a la altura de su momento en la historia. Tal vez, para sus biógrafos, habría sido mejor que no se postulara en esta quinta ocasión. Indudablemente habría sido mejor, para él, ahorrarse esta ultima derrota. A veces los grandes hombres no saben cuándo es tiempo de retirarse